

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Madrid*, por D. A. F. Grilo.—*Los dos amores*, por D.^a Angela Grassi.—*El Esclavo* (poesía), por D.^a Antonia Orts.—*La primer arruga y el primer diente* (conclusion), por D.^a Camila Avilés.—*Fé, Esperanza y Caridad*, por D.^a Eloisa Carrere.—*Todos tenemos algo de cosmopolitas*, por D.^a Micaela de Silva.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 841.—*Grabado de Modas*, núm. 6.

REVISTA DE MADRID.



El infalible barómetro del tiempo, que se llama almanaque, podrá no haber señalado con su cruz correspondiente, como días festivos los hermosos días que acababan de transcurrir. Madrid, sin embargo, no ha hecho caso de esta advertencia, y al contemplar al sol luciendo con brillante majestad, con todas sus esplendentes galas, se ha vestido de gala también. Un día de sol es indudablemente un día de fiesta. ¿Quién duda que un día sin nubes es un buen día? El sol sale, y la gente se va detrás del sol. Verdad es que cuando el Monarca de las esferas nos ha escondido por mucho tiempo sus rayos de oro; cuando el espacio ha envuelto su matiz azul en un velo sombrío; cuando la niebla se ha estendido como una negra gasa entre el cielo y la tierra; cuando hemos pasado las horas completamente abandonadas de la luz, justo es que la aparición triunfante del astro del día se celebre entre nosotros como un gran acontecimiento.

El buen tiempo ha venido precisamente á juntarse con la *Exposicion de pinturas*.

La nieve alfombró los valles, engalanó la copa del árbol, salpicó la delicada verdura de los paisajes con guirnaldas de perlas, y descendió á la tierra en nacarados copos, para deshacerse despues en hebras cristalinas por las pedregosas curvas de las montañas. El sol, que es un gran ratista, dió despues á la naturaleza su verdadero carácter. Su reflejo evaporó completamente la túnica blanquecina con que se vistieron los campos. El sol miró á la nieve, y la nieve no pudo resistir el fuego de su mirada.

Estamos seguros que la mayor parte de nuestras bellas lectoras habrán atribuido á una feliz casualidad que la apertura de la *Exposicion* se haya celebrado con un tiempo

tan magnífico. Nosotros, sin embargo, creemos que el sol ha sonreido ante la *Exposicion de pinturas*, como sonrie un buen padre ante la presencia de sus hijos.

Nadie podrá negarnos que en todos aquellos cuadros ha tomado una gran parte la luz. El colorido admirable, la claridad, que como una aurora naciente borda el luminoso foco de aquellos lienzos, casi puede decirse que la ha realizado el sol, bañando con su dorada ráfaga el pincel del artista.

El sol, lectoras mías, ha deseado á la par vuestra contemplar su obra, y ha debido quedar sumamente satisfecho, puesto que ha sonreido en el espacio durante muchos días.

Nada ha podido detener el paso de esa elegante multitud, que ansiosa de rendir al arte el tributo de la admiracion, ha llenado á todas horas el artístico alcázar de Recoletos. Madrid ha hecho *Exposicion* de sus trenes, de sus galas y de su lujo, para recorrer esa otra *Exposicion*, que despues de guarecerse como un génio sin fortuna en el humilde barracon de las Vallecas, se presenta hoy en su legítimo y verdadero palacio.

El arte adquiere el trono que le corresponde. Aquellos frutos del génio tienen ya su verdadero Museo. Los personajes de aquellos lienzos maravillosos tienen ya un soberbio salon de recibo, para hacer los honores al pueblo que los visita. La *Exposicion* está ya en su casa.

El sueño de los grandes artistas está ya realizado en aquellas filas fantásticas. La historia tiene allí sus páginas mejores; el amor sonrie graciosamente, velado por la sonrosada nube del pudor, inspirando á Gisbert el beso de dos esposos que se adoran; la fantasía puebla de colores aquel mundo de bellezas, y el arte brilla como un reflejo celestial en aquellas pintorescas galerías. La *Exposicion* ha te-



nido esta vez en la populosa corte de España una solemne y brillantísima apertura.

Madrid entre tanto sigue exponiéndose en los coliseos, en la Fuente Castellana y en la multitud de saraos que con tanta frecuencia vienen celebrándose en los salones de buen tono. Arrojad al aire unos cuantos ecos precipitados, que constituyan el bullicioso desorden de una polka; poblad con unas cuantas notas la perfumada atmósfera del salón, y la juventud se encargará de recojerlas aprovechándolas en las vueltas enloquecedoras del baile. El baile es hoy la *musa* de la *soirée*.

A pesar de todo, la literatura va sacudiendo su letargo, y entre la música y la danza, triunfa con magnífico esplendor la Diosa de la poesía.

Los poetas empiezan á ser los héroes de las tertulias, y la lectura de una bella composicion se escucha con el mismo entusiasmo que la música de Bellini. El baile hace un

paréntesis entre los piés y la cabeza. Mejor dicho, entre la polka y la poesía.

Tiempo es ya de que la *musa* de color de rosa que enciende las inteligencias privilegiadas, se abra paso entre las elegantes combinaciones de un rigodon. Tiempo es ya de que la cabeza triunfe de los piés.

Tiempo es ya que paso á paso

Dejen damas y galanes

La *Musa* de Capellanes

Por la *Musa* del Parnaso.

Madrid está, lectoras mías, en una completa exposicion. Buen tiempo, buen humor y buenos saraos. Siga el sol enviándonos la sonrisa del cielo, y todos los días serán de fiesta.

A. F. GRILO.

INSTRUCCION.

DOS AMORES.

Pasan los días, los meses y los años, y el tiempo que reduce á polvo las generaciones, cambia la faz de las ciudades, y convierte en sombría tristeza las risas y los juegos. ¿Qué se hizo la bulliciosa corte de Ferrara, que aclamaba con entusiasta júbilo el nombre de sus Duques, amantes de las ciencias y las artes? ¿Qué se hicieron sus galantes fiestas, sus palenques literarios, sus armoniosos conciertos y sus exposiciones de estatuas y magníficas pinturas?

La Ferrara artística duerme, como duermen todas sus demás hermanas de Italia, quizás cansadas del esfuerzo titánico que han hecho en los pasados siglos, para producir tantos hombres eminentes, tan bellas y diversas mafavillas.

Hoy, esta ciudad, asentada sobre una inmensa llanura pantanosa, cuyos horizontes solo limitan á lo lejos los escarpados Apeninos, ofrece un aspecto magestuoso; pero triste y desolado. Carece de bosques; los inmensos campos de trigo y de lino no están protegidos por el bienhechor follaje, y los pájaros huyen de aquellos lugares, en donde apenas hallan algun tronco en donde puedan esconder su nido.

Baña sus cimientos el río llamado Poatello di Primaro, en el punto en que éste se divide en dos, formando el Pó di Primaro y el Pó di Volano, y sus aguas circuyen la ciudad, produciendo un murmurio melancólico y quejumbroso, que armoniza perfectamente con la tristeza general del cuadro.

Cuentan que la fundacion de Ferrara se remonta al siglo V, en la época de la invasion de los Hunos. Destruída por ellos la ciudad de Aquilea, sus habitantes buscaron un refugio en los bosques y pantanos, y sus humildes chozas, construidas con estacas, se cambiaron luego en los magníficos palacios que hoy asombran al viajero.

En efecto, si el aspecto exterior de la ciudad es triste, su interior es suntuoso é imponente.

Sus calles son anchas y rectas, sus casas bellas, y muy espaciosa sus plazas. Entre estas sobresale la *Piazza Nuova*, decorada con un precioso grupo de bronce que representa á dos de los antiguos Duques. Entre los edificios públicos, que son innumerables, llaman particularmente la atencion el antiguo palacio Ducal, el de Nobles, la Catedral, cuya cúpula y fachada son de elegante arquitectura, el Teatro, reputado como uno de los mejores de Italia, y mas de cien magníficos templos notables, tanto por su hermosura, como por los soberbios mausoleos que cobijan bajo sus bóvedas.

Hay tambien un gran hospital, en donde estuvo encerrado el Tasso, como loco, y la Biblioteca pública, que se halla establecida en el Palacio del *Paradiso*, y en donde todavía se conservan los manuscritos del Tasso y del Ariosto.

¡Ay! Ferrara conserva aún sus joyas artísticas: sus bellísimas pinturas, sus preciosas estatuas, sus palacios de mármol y granito; pero por sus calles desiertas no transita la alegre multitud, que en épocas mas felices hacia resonar los nombres de sus queridos Duques y de sus hijos predilectos, el Guarini, el Cardenal Bentivoglio, y los poetas Strozzi y Savanola, que tanto lustre dieron á su patria con la fama de sus obras.

Pero no es de la ciudad de la que pretendo ocuparme, sino de la influencia que dos mujeres ejercieron en ella, sobre los dos génios mas ilustres de la Italia: el Tasso y el Ariosto.

Hay dos clases de fuego, el uno que calienta é ilumina; el otro que abrasa y ennegrece; hay dos clases de amores, el uno que mata, y el otro que vivifica. ¡Guardáos, tiernas jovencillas, de abrir vuestro pecho á las pasiones violentas,

que solo arrastran en pos de sí un lúgubre cortejo de lágrimas, pesadumbres y remordimientos!

La bella y gentil Alejandra amó á Ariosto con una afección tiernísima. Pertenecía á su misma clase, la modesta clase media, y había entre ambos igualdad de fortunas, de aspiraciones y de ideas, que son la sólida base del cariño.

Como los invencibles obstáculos, las obstinadas luchas entre la pasión, el deber y las consideraciones sociales no dramatizaron su vida, pudo consagrarle una ternura fervida, pero tranquila, que dió fecundidad y calor á la imaginación del poeta, sin turbarla ni distraerla.

La desgraciada Leonora de Éste fijó sus miradas en el Tasso, y aquel amor borrascoso, justamente contrariado por la diversidad de sus destinos, labró la eterna desventura de los infelices amantes, é hizo enmudecer antes de tiempo la lira inspirada del poeta.

Nació Luis Ariosto en Reggio, en 1474, y su hermoso poema *Orlando il furioso*, que Voltaire no duda en preferir á la Odissea de Homero, le aseguró un asiento inmortal en el templo de la fama.

Desde muy joven habitó en Ferrara, y aun subsiste la casa sencilla y modesta que él edificó á sus espensas. La casualidad le había traído á la corte de los Duques de Éste; el amor suave y apacible de Alejandra le retuvo en ella durante todo el resto de su vida. La bella joven fué para el Ariosto lo que la ninfa Egeria fué para Numa Pompilio, rey de Roma.

La madre del poeta se oponía á que éste contrajese matrimonio fuera con quien fuera, y el joven, ostigado por su ciega pasión, abandonó un día el materno techo y se presentó á Alejandra, suplicándola que le siguiese á los altares.

—¡Oh, no, dijo la dulce niña, te amaré mientras exista; pero no quiero que por mi causa vierta tu madre ni una sola lágrima. El hijo que apesadumbra á los que le dieron la existencia, no obtiene jamás las bendiciones del cielo. No me casaré contigo hasta que ella me llame con el santo nombre de hija.

Por desgracia la anciana, aunque conocía y acataba las virtudes de Alejandra, no quiso dárselo nunca, y la heroica joven permaneció soltera.

En otra ocasión, fué á consultarla el Ariosto sobre un encargo que acababan de hacerle, y que debía producirle una ganancia inmensa. Se trataba de escribir una obra en contra de los intereses de su patria.

—¡Oh, no manches tu reputación con este acto, le respondió la noble joven. El hombre ante todo debe ser probo, y nada valen el talento ni las riquezas, si la honradez no enaltece estos dones del acaso y la fortuna.

Mas tarde, el Duque reinante quiso honrar al poeta haciéndole Gobernador de una de las provincias de los Apeninos, y viendo Alejandra que se negaba á aceptar este cargo por no separarse de ella, le dijo con entereza:

—El amor egoísta no es amor: yo renuncio gustosa al placer de verte, con tal de que representes en el mundo el elevado papel que te reserva el destino. Parte, y sé digno de tí mismo, y del santo amor que te profeso.

En efecto, partió, y desempeñó su comision con tal prudencia, que hasta volvió á la senda del bien á los in-

finitos bandidos que se albergaban en las cavernas del monte.

La vida del Ariosto fué dulce, risueña y apacible, y murió en los brazos de Alejandra en 1553, á los 59 años, dejando en pos de sí un nombre inmortal, y la fama de su severa probidad y sus intachables virtudes.

Torcuato Tasso nació en Sorrento, cerca de Nápoles, el 11 de Marzo de 1544. Su padre era secretario del duque de Salerno, y por seguir la suerte de este magnate, enemigo del Emperador Carlos V, tuvo que huir de Nápoles, en donde le confiscaron sus bienes y le condenaron á muerte. Había llevado consigo á su hijo, y el joven poeta siguió sus estudios, y se dió á conocer en Roma y en Pádua, hasta que las brillantes proposiciones de Alfonso de Éste le fijaron en Ferrara. Tenía Alfonso una hermana bella y docta, que se llamaba Leonor. Leonor vió al poeta, le amó, y sin medir la inmensa distancia que los separaba; sin calcular los invencibles obstáculos que se oponían á su pasión, no solo la fomentó en su pecho, sino que empleó toda clase de seducciones para hacer que la misma llama devorase el pecho de su amado.

¡Oh, desgraciada Leonor, yo no te culpo; pero sí deploro en tí la irreflexión, que hace al hombre esclavo de sus deseos y víctima de sus pasiones!

El escándalo de un desafío, en el que el poeta castigó á un rival insolente, reveló al Duque los locos amores de su hermana. Torcuato, que gozaba en la corte de todos los honores, que se embriagaba con la gloria que acababa de adquirir con su magnífico poema *la Jerusalem libertada*, se vió de repente despeñado desde tanta altura á un lóbrego y oscuro calabozo; se vió gimiendo entre cadenas, y su imaginación exaltada no pudo resistir á tan brusco cambio. Empezó á turbarse, y cayó en aquella extraña y profunda melancolía, que le condujo tan prematuramente á la tumba.

La amorosa Leonor le hizo huir disfrazado, pero tuvo que andar errante de ciudad en ciudad, y aunque cuando llegó á Turin, el duque de Saboya le llamó á su corte y le colmó de honores, el poeta no pudo hallar allí paz ni consuelo, turbado por el recuerdo de su prisión; turbado por el recuerdo de sus infelices amores.

Su salud se alteró, y quiso buscar un remedio á su enfermedad y á su profunda melancolía en el seno de su familia. A pesar de que su cabeza estaba aun proscrita en Nápoles, se dirigió disfrazado á Sorrento, en donde solo una de sus hermanas sobrevivía á todos los individuos de su desgraciada familia.

En aquel apacible retiro pareció recobrar la vida, el estro y la alegría. Tal vez se hubiera salvado, si una imprudente carta de Leonor no le hubiera arrancado de allí para atraerle de nuevo á Ferrara.

El Duque, aunque al parecer había olvidado el anterior agravio, le recibió con suma frialdad y le impidió que viese á su hermana.

La diferencia que halló entre la consideración con que antes era tratado y su actual abatimiento, y las contrariedades de su amor, aumentaron su melancolía en términos de faltar algunas veces á las conveniencias sociales. Sus envidiosos enemigos aprovecharon la ocasión para tacharle de

loco; aprovechóla á su vez el vengativo Alfonso, y le hizo encerrar en el hospital de dementes, de donde salió nueve años despues, con la imaginacion verdaderamente trastornada.

Apenas recobró la libertad, abandonó aquella ciudad que le habia sido tan funesta, y se retiró á Nápoles, en donde acababan de concederle su indulto.

Desde allí pasó á Roma, llamado por el Papa Clemente VII, que deseaba concederle el lauro de los poetas.

Debía ser coronado en el Capitolio, pero mientras se hacían los preparativos para la augusta ceremonia, le sorprendió la muerte.

—¿Por qué tocan á fiesta las campanas? preguntó á un sacerdote que le ayudaba á bien morir.

—Este, que habia sido llamado á toda prisa, y que no le conocía, respondió sencillamente.

LITERATURA.

EL ESCLAVO.

¿Qué es el esclavo? Raza maldita
Venida al mundo para sufrir,
Triste y errante cosmopolita
Sin suelo amigo donde vivir.

Negro es su rostro como la pena,
También es negra su condicion,
Pues nació en playa de hirviente arena,
Y una cadena fué su blason.

Él no conoce las emociones,
Gloria y honores jamás soñó,
Y entre panteras, tigres, leones,
El pobre esclavo se adormeció.

¡Nada le place! Solo le halaga
Oír los himnos de libertad,
Este es el néctar que le embriaga,
Esa es su grata felicidad.

Su acento es dulce aunque doliente,
Igual al canto del jeaumar,
Y su lenguaje tierno, elocuente,
Es fiel poema de atroz sufrir.

El manso río que se desata
Buscando ansioso la inmensidad,
Entre sus ondas de blanca plata
¿No se vé escrita la libertad?

Auras y flores, límpidas fuentes,
Cuando nos brindan felicidad,
¿No nos enseñan siempre rientes
Que son emblema de libertad?

—Porque mañana se corona en el Capitolio al Tasso, al príncipe de nuestros poetas.

—¡Decid que pongan la corona sobre mi tumba! balbuceó el moribundo entre sollozos.

Al cabo de algunos instantes espiró, y el nombre de Leonor fué el último que pronunciaron sus lábios.

¡Ah, que el amor desordenado é irreflexivo fué la causa de todos los tormentos de su vida, y de que el mundo perdiese prematuramente á uno de sus géneos mas ilustres, que hubiera podido añadir otras muchas obras inmortales á su inmortal poema!

¡Guardaos, tiernas jovencillas, de abrir vuestro pecho á las pasiones violentas, que solo arrastran en pos de sí un lúgubre cortejo de lágrimas, pesadumbres y remordimientos!

ANGELA GRASSI.

En el desierto gentil palmera,
Que desafía la tempestad,
¿No está diciendo siempre altanera
Que es su divisa la libertad?

Aves canoras que alegres cantan
Haciendo grata la soledad,
Cuando su rauda vuelo levantan,
¿No es porqué gozan de libertad?

El mar que guarda dorados peces
En su anchurosa profundidad,
¿No nos repite una y mil veces
Que es su elemento la libertad?

¡Yo te bendigo, frase sublime!
Mas, ¡ah! te invoco con ansiedad,
Cuando recuerdo que triste gime
El pobre esclavo sin libertad.

Y no le es dado tan negra pena
Á sus hermanos poder decir,
Que al ver sombría su faz morena,
Cruel azote siente crujir.

Ciego anhelante no halla consuelo,
De él se apodera triste delirio;
Mas alza ansioso la vista al cielo
Y vé la palma de su martirio.

¡Bendito seas, Dios poderoso!
Dice el esclavo con efusion,
Que á mi tormento fiero, horroroso,
Un premio guardas en tu mansion.

Yo a queste valle lleno de abrojos
Crucé anhelante con ansiedad;
Mas hoy al cielo miran mis ojos,
Y allí está escrita mi libertad.

ANTONIA ORTS.



LA PRIMERA ARRUGA Y EL PRIMER DIENTE.

(CONCLUSION.)

III.

¡La primer arruga! ¡Sí por cierto! ¡Allí estaba bien patente! debajo de la sien, sobre la piel fina y rosada todavía... ¡Sí por cierto! Allí estaba sobre la mejilla como un gusano encima de una rosa. ¿Sabeis lo que son las arrugas en el semblante? Pues son los batidores que preceden á la vejez, á la vejez desencantada, marchita, canosa, calva, desdentada, repugnante y hasta ridícula, si no es venerable, si no tiene algo de amable y de simpático, y ese algo se lo comunican la virtud, el sentimiento de su propia dignidad, la indulgencia y la instruccion.

La mujer instruida, y sobre todo, la mujer cristiana, sabe que la verdadera hermosura es la del alma, y que las almas no envejecen; pero la frívola coqueta, solo se fija en la del rostro. Desde niña se la dice: que la suprema dicha es verse admirada y aplaudida. Jóvenes faltos de juicio la enseñan á despreciar la vejez, lo cual, segun el parecer de un sábio, equivale á echar por tierra la posada, en que regularmente habrá que pasar la noche.

¡Envejecer! ¿Puede darse cosa mas triste? Ver que cada dia se lleva una gracia y nos trae una quiebra! Hoy se nos carea ó se nos rompe un diente, mañana se nos cae un mechón de pelo, al otro asoma una calva, se pierde hasta el modo de andar, encórvanse las espaldas, despublanse las encías, y hasta la voz se vuelve temblona; y esto la mujer instruida, la mujer cristiana, lo lleva con resignacion; pero la mujer frívola se desespera, y es digna de lástima, porque á la verdad, para la mujer ociosa, ignorante y coqueta, la vejez debe de ser una cosa insoponible.

—¡Oh, qué vida me aguarda! Decía la desconsolada parisense. Voy á morir de tedio... En pasando la juventud el mundo no hace caso de nosotras; la muerte nos amenaza, nos asusta; el fastidio nos consume, la tristeza nos devora, y entonces, ¿de qué nos sirven los pasados triunfos? ¿Qué nos queda, Dios mio, qué nos queda?...

En el momento que hacia esta pregunta, oyó que llamaban muy quedito á la puerta de su cuarto.

—¿Quién anda ahí?... preguntó Gabriela con tono bien poco amable.

—Soy yo, señora, contestóla una voz tímida y llorosa, soy la nodriza.

Gabriela entonces abrió la puerta, y asustóse al ver la cara de la pobre lorenese, cuyos ojos estaban hinchados de llorar.

—Qué pasa, Francisca, preguntóle con mal seguro acento: ¿á qué vienes?

—A llamaros, señora, á deciros que la niña se ha puesto mala... ¡muy malita! repitió la pobre mujer rompiendo á llorar.

—Pero, en fin, ¿qué tiene?

—Lo que tiene yo no lo sé; ha pasado el dia muy incómoda, llorando sin cesar; despues, al anochecer se durmió... pero á cada momento se despertaba gritando... Ahora se me ha quedado de pronto mas tiesa que un garrote, fria como el hielo, y aunque abre los ojos, parece que no vé.

—¡Dios mio! exclamó la madre asustada; que vayan volando á buscar un médico... ¡Y Alfredo que se ha marchado ayer de cacería! ¡Válgame Dios! Diciendo así, echóse un abrigo encima de los hombros, y corrió al cuarto de la nodriza.

Ésta no habia exajerado nada; la pobre niña estaba yerta, lívida, crispada, y con la piel cubierta de un sudor frio y pegajoso, cuyas gotas aparecian como cuajadas y adheridas al cutis, con los ojos desmesuradamente abiertos, y la mirada vidriosa; daba miedo verla.

La pobre madre cayó aterrada y doliente ante la cuna de su hija: postrada de hinojos, y con la mirada fija en el semblante de la moribunda, con la mano encima del corazon, con los ojos secos, la voz muda, y el alma traspasada de dolor, aguardaba de un momento á otro verla espirar.

Y el corazon, aquel corazon aletargado hasta entonces, despertábase de improviso para reconvienirla y atormentarla diciendo: «Madre tibia y desnaturalizada! Esa es tu hija, esa que pronto, muy pronto, vas á perder, en castigo de tu frialdad é ingratitud; esa niña, que á tu modo de ver, vino al mundo para debilitar tus fuerzas y ajar tu lozana hermosura, venia, por el contrario, á rejuvenecerte, á pagar con sus besos tus cuidados, á procurarte la dicha mas grande, la mas pura que puede gozar el corazon de la mujer. Dicha que tú no has sabido apreciar, y de la cual vas á verte privada para siempre.»

—¡Oh, Dios mio! exclamó Gabriela cruzando las manos con fervor, y elevando al cielo una mirada suplicante. Castiga en buen hora mi loca vanidad, y quítame la hermosura, la riqueza, los aplausos del mundo. Quítamelo todo, menos la hija que me diste.

¡Santa oracion! ¡Bálsamo de las penas!... Te olvidan los ingratos mientras gozan en el mundo; pero en cuanto se ven afligidos acuden á tí, á tí que jamás dejas de consolarlos!!

Apenas habia levantado su corazon á Dios, sintió Gabriela un alivio extraordinario; lágrimas brillantes, lágrimas dulces, lágrimas piadosas cayeron de sus ojos y fueron á humedecer el rostro de su hija, y como si el calor de aquellas ardientes lágrimas la hubieran reanimado, movió los ojos, y sus labios balbucearon: ¡mamá!

¡Mamá! ¡Oh, dulcísimo nombre! ¡Tú solo vales mas para el corazon de la mujer, que todos los triunfos de la coquetería, del orgullo y del génio!

El médico vino, y despues de haber oido la relacion de la nodriza, examinado á la enferma, y hecho varias preguntas, declaró que la niña se hallaba en un estado grave, nervioso y producido por los trabajos de la denticion. Mandó que la pusieran unos sinapismos en los piés, unos paños de agua y vinagre en la cabeza; recetó una bebida ó jarabe, y fuese, recomendando el mayor silencio en el cuartó de la enferma.

Gabriela, un poco mas tranquila, permaneció sin apar-

tarse de la cuna en toda la noche. Era la primera vez que velaba junto á un enfermo; ni un momento cerró los ojos, atenta por demás al menor movimiento de la criatura y á cumplir en todo las prescripciones del doctor. La niña durmió tranquilamente algunas horas, cuando se despertó era de día claro.

La chiquitina se incorporó, vió á su madre, y una sonrisa pura y angelical entreabrió su boquita de rosa. Gabriela fué á besarla y percibió sobre la encia un punto blanco, esmaltado y brillante como una perla.

—¡Francisca! ¡Francisca! dijo la madre llamando á la nodriza. ¿Qué será esto que la niña tiene en la boca?

—¡Qué ha de ser, señora, un diente! contestó la buena mujer loca de contento. Eso era lo que la daba tanta guerra. ¡Gracias á Dios! ¡Ya la hemos visto el primer diente!

—¡Gracias á Dios! repitió junto á la puerta una voz franca y varonil; era la de Alfredo que regresaba de la cacería.

—¡Gracias á Dios! exclamó también Gabriela mirándose al espejo y señalando hácia la sien. En una misma noche ha salido á la hija el primer diente y á su mamá la primer arruga.

—¡Bien venidos sean entrambos! exclamó Alfredo abrazando á su mujer. Si no envejeciéramos, esposa mía, no tendríamos nunca el gusto de ver á nuestros hijos desarrollarse, crecer y hacerse personas formales. Gabrielita ya está en camino para serlo, puesto que ya le ha salido el primer diente!

La niña mejoró por entonces, pero sucesivamente sufrió nuevos ataques y accidentes que la pusieron mas de una vez á las puertas del sepulcro. Su madre probó en distintas ocasiones la firmeza de su resolución, que no era otra sino la de consagrarse por completo al cuidado de su hija y á los deberes de su estado. Hija y madre salieron victoriosas del rudo aprendizaje de la vida y de la maternidad. Al cumplir el año, Gabrielita lucía ocho dientes que parecían ocho perlas, un par de ojos que rebosaban alegría; sus mejillas, frescas, redondas y coloradas, decían que la salud se hallaba restablecida por completo.

Su tierna madre aseguraba que hasta entonces no había experimentado verdadera felicidad, y era que un goce nuevo y desconocido anteriormente inundaba su corazón de júbilo, produciéndole la paz y la satisfacción de la conciencia. Era ese preciosísimo fruto un don del Espíritu Santo que se llama *goce espiritual*.

Sin embargo, las noches de insomnio, las horas de angustia, los días sin reposo, y, por último, los años transcurridos dejaron marca en el rostro de Gabriela: tres ó cuatro arrugas acompañaban á las primeras, formando junto á cada sien la terrible *pata de gallo*; pero afortunadamente Gabriela ya no se cuida de contarlas, lo que cuenta son las gracias de su hija, sus vacilantes pasos, sus balbucientes palabras, sus besos, sus monaditas; todas esas pequeñeces, tan grandes á los ojos del amor, y que forman el tesoro inapreciable, infinito, el manantial purísimo del contento, de la esperanza y de la dicha de las buenas madres.

(Arreglo.)

CAMILA AVILÉS.

FE, ESPERANZA Y CARIDAD.

¡Qué hermoso es el espectáculo que presenta la salida del astro luminoso, que conocemos bajo el nombre de Sol! ¡Cuán grandioso é imponente! Al verlo no puede menos de exclamarse con el corazón:—Loado sea el Señor, que nos envía los benéficos rayos que dan vida á los campos, aroma á las flores y alegría al Universo! Bendito sea el que ha creado de la nada, del caos, este bello día, ese astro consolador. Toda la naturaleza parece aplaudir la presencia del sol, el trino de los pajarillos, el dulce murmullo de los arroyuelos, el canto de los trabajadores; todo se mezcla y confunde para dar gracias al Altísimo y saludar al astro del día.

Nacida y criada lejos del campo, al verme en la quinta de recreo donde había ido á pasar el verano, ansiaba admirar la naturaleza en todo su esplendor, así es que siempre me encontraba lejos de casa cuando se acercaba la noche, que si bien no es tan sorprendente, no por eso es menos bella. Cuando la luna eleva su plateado disco, cuando los vientos de la noche, perfumados por los aromas de las campesinas flores, llegan hasta nosotros; cuando vemos ese hermoso manto azul tachonado de brillantes estrellas, ¿quién no se humilla ante el Todopoderoso, y se estasia contemplando sus obras?

Una de las tardes que mas me había detenido, al notar que adelantaba la noche y me encontraba sola á bastante distancia de la quinta, apresuré el paso y tomé el sendero mas corto, que pasaba inmediato á un molino, esperando que una leve indicación mia hiciera á la dueña de él acompañarme hasta la quinta.

Muchas veces en mis paseos me había detenido á hablar con la molinera y á acariciar su niño, que podría contar unos ocho años. Al llegar conocí que mi esperanza iba á verse defraudada por esta vez, pues la puerta del molino estaba cerrada y no se oía el menor ruido en su interior. Ya me alejaba, cuando me detuvo la voz del niño, que oía clara y distintamente; me retiré de la puerta y me dirigí á una pequeña ventana que había en un costado, á la cual servía de cortinaje una olorosa enredadera, á través de la que podía examinarse el interior de un reducido aposento pobremente alhajado, pues su mayor adorno era el Crucifijo, que pendía de un grueso clavo, situado sobre la cabecera de un limpio, aunque pobre lecho; unos taburetes, una mesa de pino y unos cuantos sacos de trigo, completaban todo el mueblaje.

La molinera, sentada cerca de la mesa, sobre la que estaba colocado un candil, tenía á su hijo sobre las rodillas, sosteniendo con él una conversacion sumamente animada. Las primeras palabras del niño llamaron mi atención, y permanecí por curiosidad en mi puesto.

—Madre mia, decidme, ¿es verdad que hay gentes que tienen tanto dinero?

—Sí, hijo, tienen mas que pueden gastar.

—¿Es que Dios se lo dá?

—Sí.

—¿Y por qué no nos lo dá á nosotros?

—Porque no es su santa voluntad.
—Pues eso no debía ser; el niño de la quinta tiene juguetes, vestidos bonitos, pan, frutas, dulces y todo lo que desea, y yo nada de eso tengo... y lo quiero.

—¿Lo quieres? ¿Es decir que envidias los bienes de tu prójimo? Hijo mio, en este momento estás cometiendo un gran pecado; ¿has olvidado los Mandamientos de la santa ley de Dios? Estás faltando al décimo, ¿lo recuerdas?

—No desear los bienes ajenos, dijo el niño.

—¿Y tú los deseas, los codicias, y es mas, los envidias; ya sabes que la envidia es uno...

—De los pecados capitales, exclamó el muchacho.

—Y si lo sabes, por qué lo comes?

—Toma, porque yo no tengo nada, y ese niño tiene tanto; y seré hombre, y tampoco tendré, como su padre, mucho dinero.

—Pues bien, hijo mio, supón que así sea; la voluntad del Señor es que seas pobre y vivas de tu trabajo. Esa voluntad debe ser respetada y humillarse ante ella. No te importe poseer ó no esos bienes de fortuna; pon en Dios tu confianza, sé honrado, trabajador, caritativo, y el Señor te recompensará, sino en este mundo de goces perecederos, en el otro, donde las acciones del hombre reciben el premio ó el castigo por la mano del Señor; practica, hijo mio, los santos preceptos de la religion. Ten fé, esperanza y caridad: con esas grandes virtudes, vencerás al espíritu del mal, que es el que te hace tener envidia, y puede inducirte á todos los males que ocasiona. Fé en Dios, hijo mio, sin ella no podríamos salvarnos. *Esperanza* en Dios, que es justo é infinitamente bueno; nunca la desesperación se apode-

re de tu corazón, aunque te veas en la mayor miseria; el Señor no abandona nunca al que espera en él. *Caridad*; ejercítala, hijo mio, esa es la virtud mas grande á los ojos del Señor; parte tu pan con los infelices que no le tengan, socorre sus necesidades, perdona á tus enemigos, devuélve bien por mal, aleja de tí el rencor y Dios te recompensará.

Estas virtudes llevan en sí mismas el premio: la *Fé*, que te hace creer, aleja de tí todo pensamiento que pudiera martirizar tu espíritu. La *Esperanza* da alegría aun en medio de los mayores trabajos y privaciones. La *Caridad*, hijo mio, dá la paz á el alma y ensancha el corazón.

Díme; ¿si en este momento viéramos entrar por nuestra puerta un anciano estenuado de hambre y de cansancio, entumecidos sus miembros por el frío, ¿no te alegrarías tú de que se reanimára al calentarse en un buen fuego que yo encendiera, que aplacára su apetito con nuestro pan, y que descansára en nuestro humilde lecho?

—Sí, madre, sí: y si trajera un niño desnudito, yo me alegraría mucho de que le diérais mi vestido nuevo.

—¿Dios te bendiga, hijo mio, dijo la molinera estrechándole en sus brazos; Dios te bendiga y te conceda las virtudes que pido para tí en mis oraciones.

—Las sé, madre, las sé, y nunca se me olvidarán; son *Fé, Esperanza y Caridad*.

Todo quedó en silencio, y yo dirigí mis pasos á la quinta, proponiéndome al día siguiente hacer una visita á la molinera, y recompensar al pequeño con algunos juguetes de los que tanto deseaba.

ELOISA CARRERE.

VARIEDADES.

TODOS TENEMOS ALGO DE COSMOPOLITAS.

Todos tenemos algo de cosmopolitas, decia un caballero en la tertulia de una señora muy respetable, aunque poco instruida.

—¿Qué significa esa palabra? preguntó dicha señora; varias veces la he buscado en el diccionario de la Academia, y no la encuentro.

—El nombre de cosmopolita, respondió el mismo que habia dado lugar á la pregunta, equivale al de ciudadano del mundo; dáse comunmente á la persona que, no teniendo patria ni residencia fija, recorre las diferentes partes del globo, habla distintos idiomas, y á ningun país dá una marcada y seguida preferencia.

—¿Entonces no sé qué pueda tener yo de cosmopolita! repuso vivamente su interlocutora; yo he nacido en Madrid, mi viaje mas largo fué uno que hice á Carabanchel de Arriba; sólo sé hablar el castellano, y gracias, que no todos los que nacen en España pueden alabarse de otro tanto. Por último, Sr. D. Andrés, yo detesto cuanto huele á estrangís, y nada quiero en mi casa que no sea muy español. Con que, ¿á ver qué tengo yo de cosmopolita?

—¿Es de Talavera esa jicara en que han servido á usted el chocolate? preguntó D. Andrés con mucha sorna.

—¿No por cierto! repuso la interpelada; se conoce que no la ha mirado Vd. bien! Esta jicara pertenece á la vajilla que trajo de Manila mi bisabuelo; pes de rica, riquísima porcelana! de la mejor que se conoce.

—No la niego su riqueza, pero ya me ha confesado usted que ha venido á su casa desde luengas tierras, como los ingredientes de que se compone su contenido... pues la canela vino de la isla de Ceilan, como la jicara vino de la China, ó quizá del Japon. El cacao ha venido de Caracas, y el azúcar de las Antillas ó de los Estados-Unidos de América, y además, habrá sido elaborado en sus ingénios por los desventurados hijos de Guinea, de Congo, de Etiopía ó de otros reinos del Africa, víctimas de la bárbara esclavitud.

—¿Jesús, Jesús! exclamó la excelente señora en tono admirativo: ¿Con qué de tan lejos vienen esas cosas? y yo, pobre de mí, hubiera jurado que mi chocolate venia de Zaragoza, y estaba fabricado en casa de mi yerno!

—La mezcla no digo que no, pero los ingredientes ya sabemos de donde vienen, y dos de ellos apostaría que son algo paisanos del árbol cuya madera sirvió para fabricar esa mesa en que Vd. se halla tomando el chocolate. De América es de donde viene la caoba.

—Y de caoba son la mayor parte de los muebles de mi casa, dijo la señora con creciente admiración. Ya se vé, como están contruidos en Madrid, yo los tenía por españoles, y por eso me alababa de no tener en mi casa nada que perteneciese á otro país!...

—No es Vd. sola, repuso alegremente su interlocutor parisién, conozco que lo dice con la mejor fé del mundo. Yo nada quiero que no sea francés, y sin embargo, en mi mesa se hallan especies como el clavo, que viene de las islas Molucas; la pimienta, que se cria en el Africa ó en Bengala; el café de Moka, ó de las regiones del Yemen; el ron de la Jamaica y el té de la China.

Si está uno enfermo de seguro que buscará la salud, y el médico no dejará de recetarle alguna de las infinitas drogas medicinales que se hallan admitidas en la farmacopea y vienen de remotos países, como el té de la China, el *ruibarbo* de la Tartaria, la *quina* del Perú, la *escamonea* de Alepo, el *sen* de Palta, la *goma* de Arabia, el *dictamo* de Creta, y tantas otras como Dios ha prodigado por toda la redondez de la tierra para que los habitantes de un estrecho pudieran contribuir en algun modo al alivio de los males que se padecen en el otro.

Además de lo dicho, el parisién, la española, ó la persona que sea, viste de algodón traído de los Estados-Unidos, fuma cigarrillos habanos, se apoya en una caña ó bambú de las Indias. No es fácil averiguar si la seda de su

corbata se hiló en Valencia, en Italia ó en la China. Ni si los botones del paletot fueron hechos de las barbas de una ballena cogida por los pescadores holandeses en las costas americanas, ó con las de otra pescada en los frios mares del Norte por los hijos de la Groenlandia.

Pero volviendo á nuestra cuestion, ¿qué ha sido necesario para que Vd., señora, el parisién y yo podamos disfrutar en nuestras casas de los productos de tan apartados climas?

Ha sido necesario que para nosotros, oscuros particulares, se hayan estraído de diversos países varias cantidades de sustancias y productos, que se hayan inventado mil mecanismos, que hayan trabajado en provecho nuestro los cultivadores, los industriales, los botánicos, los constructores de barcos, los ingenieros de caminos y canales, los marinos, los pescadores, los comerciantes, los astrónomos, en una palabra, todos los hombres científicos y todos los obreros que se hallan esparcidos por la superficie del globo, y puesto que nos aprovechamos de sus servicios, razon tengo para decir que todos tenemos algo de cosmopolitas.

—¡Cierto! ¡cierto! exclamamos todos, y ya que somos ciudadanos del mundo, pidamos al Señor que le conceda el incomparable y santo beneficio de la paz, y el conocimiento de la moral cristiana que hace á los hombres todos hermanos en Jesucristo.

MICAELA DE SILVA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 841.

FIG. 1.^a TRAJE DE BAILE.—*Vestido* de tul blanco con viso de glase de igual color, adornado el primero de grupos de rosas y bullones.

Falda muy nesgada, con cuatro bullones en el bajo sembrados de rosas, y grupos de las mismas por toda la falda, mas pequeñas á medida que suben en su colocacion.

Cuerpo escotado en redondo, y con talle corto adornado en el escote de un bullonado de glase cubierto de tul con puntilla en los bordes, y rosas en el pecho y los hombros.

Manga muy corta de tul.

Echarpe de tafetan rosa, que da vuelta al talle y se anuda á la derecha: rosas en el centro del lazo.

Peinado de bandós rizados y sembrados de rosas, moña de tirabuzones, y guirnalda de rosas á su izquierda.

FIG. 2.^a TRAJE PARA CONVITE Ó SOCIEDAD.—*Vestido* de gasa blanca con listas de raso azul, y túnica de seda blanca adornada de terciopelo negro.

Falda nesgada con estensa cola, *cuerpo* alto con *manga* justa y puntilla rizada en el escote y bajo de la manga.

Túnica-sotana escotada en cuadro, que concluye sobre la primera falda, á una media vara antes de su término: ancho terciopelo negro la orilla alrededor, y otro cosido sobre la túnica, mas bajo del talle, se anuda al costado, descendiendo flotantes sus cabos. Esta prenda tiene marcado carácter de la Edad Media.

Peinado de rulos alternados con retorcidos de cinta azul

y blanca, que baja en gran caída á la izquierda, y moña de cocas.

Explicacion del Grabado de Modas.

FIG. 1.^a *Vestido de poult de soie*, color habana claro, con listas de tono mas oscuro.

Paletot semi-ajustado de terciopelo, guarnecido de piel, que se repite en el hombro, bajo de la manga y bolsillos: ricos botones de azabache le cierran por delante.

Manguito de piel, semejante á la del paletot, suspenso al cuello con un cordón.

Sombrero, de terciopelo negro, bordado de azabache, con rosa al lado, y las bridas sujetas por detrás.

FIG. 2.^a TRAJE PARA NIÑO DE 9 AÑOS.—*Calzon* flojo, con bota alta de charol; *vesta* de paño gris, como el calzon, y paletot breton, de paño gris tambien, adornado de cordón blanco y negro, que marca cuello, carteras y bolsillos.

Sombrero redondo, de fieltro.

FIG. 3.^a TRAJE PARA NIÑA DE 5 AÑOS.—*Vestido* liso de lana.

Albornoz de felpa gris hierro, figurando unirse la parte de adelante á la de atrás por medio de botones; la capucha va adornada con grandes borlas.

Sombrero redondo de terciopelo negro, con pluma blanca.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—Olmo, 14.